

CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA

EN LA CERCANÍA
DEL AÑO 2.000



EDICIONES MARANA-THA

† CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA

OBISPO

EN LA CERCANÍA DEL AÑO 2.000

EDICIONES MARANA-THA LTDA.

EN LA CERCANÍA DEL AÑO 2.000
MONSEÑOR CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA

DERECHOS LEGALES RESERVADOS
PRIMERA EDICIÓN: TALCA, JULIO 1997

DISEÑO, IMPRESION Y DISTRIBUCION
MARANA-THA LTDA.

1 NORTE 549 - TELÉFONO 234428

FONO/FAX: 226565 - TALCA

FOTO PORTADA: E. MENDOZA E.

PRESENTACION :

Presento cuatro temas importantes que ayudarán a quienes los sepan leer con calma y serenidad.

Estos cuatro temas constituyen la primera parte de lo que estoy escribiendo.

No se trata de «memorias» o anécdotas. Son reflexiones sobre realidades vividas en más de treinta años de vida episcopal en los cuales Dios me ha dado la gracia de acompañar a muchas personas y bastante he aprendido en este caminar.

*Estoy escribiendo centrado en dos ejes fundamentales. La **Iglesia** en su aspecto interior y su inserción en el **Mundo**, en el cual está colocada por el Señor para servir e iluminar.*

La buena relación de la Iglesia con el Mundo constituye el gran desafío de quienes queremos mostrar el rostro de Jesucristo en la vida actual.

La Iglesia necesita proyectarse en este mundo complejo y difícil en el cual vivimos. Si la Iglesia vive para sí misma no está en la línea de Jesucristo.

Viene un próximo milenio y la mejor manera de prepararlo será insertarlo evangélicamente a nuestra Iglesia en este apasionante final de siglo.

Ayudará mucho leer o estudiar los cuatro temas que se presentan en estas páginas en esa perspectiva de Iglesia que construye el Reino de Dios en este Mundo.

El Mundo se desarrolla y avanza en la técnica, en el progreso. La Iglesia tiene la tarea de iluminar e interpretar los caminos de Dios en lo que sucede.

† CARLOS GONZALEZ C.

Caserío Lircay, 8 de Junio 1997

Talca-Chile

CAPITULO I

PARA VIVIR LA ANCIANIDAD

El 2 Agosto de 1992 anoté estas reflexiones:

« Es una tarde tranquila de Domingo y está lloviendo con fuerza. Vengo llegando de Vilches donde he predicado un retiro de dos días a los asesores de juventud.

Estamos en pleno invierno y me doy cuenta que mi vida se va haciendo diferente. Ya no hay las energías físicas de antes y los árboles ya no aparecen cubiertos por las hojas; pero sé que en primavera van a resurgir y a florecer de nuevo. Sé que hay una vida futura y la esperanza del cielo le da sentido a todo lo que estoy haciendo. Muchas veces me pregunto ¿cuando iré a ver el rostro del Señor?.

Deseo escribir sobre Alberto Hurtado que murió hace 40 años. Debo escribir para presentar el Sínodo Diocesano y todavía tengo presente el Sínodo anterior de 1968. Hace tantos años y todo aparece tan cercano.

Ayúdame, Señor, a vivir el invierno en las condiciones que Tú quieras.

Cada vez con más frecuencia los sacerdotes

y los laicos me preguntan qué voy hacer cuando tenga 75 años y deje la Diócesis. Les respondo que no sé porque en realidad he resuelto vivir al día. Antes hacía proyectos, ahora prefiero vivir de una manera diferente. Veo que Dios va mostrando caminos nuevos y que el futuro está en sus manos.

Paso más tiempo en la oficina, en los documentos y en las reflexiones sobre la vida pastoral. Es una especie de oración porque siento a Dios cercano. Suelo conversar con El, a veces en voz alta, cuando no hay nadie cercano.

Ayúdame a ser un viejo agradable y no difícil. Ayúdame a entender los cambios y todo lo nuevo en el mundo y en la Iglesia.

Predico que Dios está en los signos de los tiempos y hablo sobre la presencia del Espíritu en la cultura, en la juventud, en los avances técnicos. Ojalá que pueda vivirlo en profundidad.»

2 Enero de 1993

El 4 de Diciembre de 1992 murió mi hermana Elena, después de una enfermedad larga y difícil. Era la gran fuente de unidad de nuestra familia.

El sentimiento de soledad es mayor porque «el cielo está poblado de amigos» y aquí abajo debo apoyar a otros. Me veo rodeado del silencio y encuentro hermosa una tarjeta de

quien me escribió diciendo: «las ausencias dolorosas sean suavizadas por Jesús, el Señor de la Vida».

1991 y 1992 fueron años de separaciones. Mis tres hermanos, Emilio Tagle y tres compañeros de Colegio. Es evidente que debo familiarizarme con la muerte, debe ser «la muerte amiga».

Ahora estoy escribiendo en agosto de 1996. Han pasado los años. Trato de vivir en paz y hacer una oración de todo lo que va sucediendo, pero es complejo y no fácil.

Vengo llegando de una celebración litúrgica en la Catedral de Talca, llega a visitarme una persona y me pregunta «¿ésta es su última actividad?». Le respondo que espero seguir haciendo algo en la vida y la persona parece captar que ha dicho algo inadecuado. La realidad es que son tantas y tantos lo que dicen cosas «inadecuadas». Da que pensar lo que significan las palabras importunas; pero eso es una realidad de la vida y es bueno saber aceptarla. Es importante descubrir amor en estas expresiones que no son atinadas, pero que reflejan interés y preocupación.

Estoy agradecido de Dios por los años de vida, por el sacerdocio, por el episcopado. Veo tantos rostros amigos y tanta gente buena que va pasando por el camino.

Veo también a los que partieron al cielo. En Diciembre de 1995 murió el último de mis hermanos. Éramos siete y ahora sólo queda quien los enterró a todos. El 15 de Julio murió Manolo Arranz, sacerdote español que había decidido vivir en Chile hasta que yo muriera, pero falleció él antes.

Vienen las preguntas: ¿Qué quiere el Señor para que este tiempo sea bien llevado y pueda hacer lo que El quiere?. ¿Cómo vivir en la presencia de Dios con menos actividad y con espacios libres?. ¿Cómo compaginar la fragilidad de los años con una vida interesante y útil?.

Y la única respuesta a estas preguntas está en la persona viva de Jesucristo, el Resucitado. Él es nuestra paz y nuestra esperanza. San Pablo escribió «Sé a quien me he entregado y estoy seguro de no quedar defraudado». Que Él sea la respuesta real y definitiva.

La tercera edad, como se llama hoy día a la ancianidad, será una realidad cada día más fuerte por la prolongación de la vida y los avances de la medicina.

Para los ancianos, generalmente, las noches se hacen más prolongadas porque se duerme menos.

Voy encontrando una forma de oración que parece darme buena respuesta. Entre los cristianos orientales existe la tradición de rezar a base

de pequeños textos bíblicos que se van repitiendo en forma tranquila y sostenida. Personalmente he seguido desde hace algunos años este camino y así con mucha frecuencia, puedo vivir más unido explícitamente a Dios. Casi todos los días rezo: «Jesús, hijo de Dios vivo, ten misericordia de mí». «Quédate con nosotros porque se hace tarde». «Tú sabes todas las cosas y sabes que te quiero». Me ayudan mucho los textos de San Pablo «para mí el vivir es Cristo y todo es basura comparado con el amor de mi Señor». Son los textos que hacían llorar al Padre Hurtado en su enfermedad final.

Otro gran aporte es rezar con calma el Padre Nuestro, el Ave María para integrar mejor a la Virgen, Madre de Dios. La oración de abandono del Padre de Foucauld y el acto de amor a Dios del Cura de Ars son oraciones de gran valor.

La oración y la música que estoy redescubriendo, son dos herramientas de gran valor. Me parece que son de gran ayuda. De otro modo, muchos ancianos se quedan en la televisión, en una soledad difícil o en las visitas, que si bien son necesarias, no son suficientes.

Es necesario dar un nuevo sentido y descubrir nuevas dimensiones con mayor contemplación. El silencio es la voz de Dios, dicen los libros. Lo importante es encontrar el sentido de lo que sucede.

Los jóvenes entienden tal vez intelectualmente esta realidad de los ancianos, pero muy difícilmente pueden interiorizar una situación que ven muy lejana.

Trato de vivir con paz, a veces me complica un poco el pensar en el futuro. Hasta ahora no me preocupa la idea de morir, al contrario, lo veo como algo sencillo porque gracias a Dios, nunca he dudado de la fe en Jesucristo. Lo que me preocupa es la enfermedad que va a complicar a otros. Es lo que digo, pero tal vez en el subconsciente hay otras realidades no expresadas.

Es reconfortante meditar que «siempre viene la aurora y los temores de la noche se alejan como las sombras». Así está escrito en las oraciones de la Iglesia.

Una persona mayor que tenía algunos hermanos vivos decía «no quiero quedarme al final de la lista». La realidad es que siempre alguien quedará al final. Eso depende de Dios. Lo que importa es aceptarlo, asumirlo y ofrecerlo con alegría y con paz.

Sólo así se puede envejecer y vivir con esperanza. De otro modo, se producen situaciones de egocentrismo y soledad cuyas vivencias deben superarse, porque lo importante es Dios y las personas que están cercanas.

Es necesario, en todas las edades, vivir para los otros y no para sí mismo.

CAPITULO II

SACERDOTES DEL FUTURO

a) Misterio del ser sacerdotal.

Hace muchos años se escribió que « el sacerdote es el encargado de las cosas indefinidas». Esta frase hiriente e irónica escrita por Huxley, tiene un fondo verdadero.

La realidad es que el sacerdote, con frecuencia, aparece dislocado y extraño. No bastan las respuestas de la teología y los contenidos doctrinales.

Todo se explica en razón de la Iglesia y en el bien de las personas. Se explica por Jesucristo y por el Reino de Dios. Todo esto está bien; pero....

No debe ser un funcionario sino un servidor que necesita vivir con alegría y encontrarle sentido a lo que está haciendo.

Misterio de solidaridad. Vive por Dios y es de Dios. Al mismo tiempo vive en comunión con la humanidad y con todas las personas.

Un sacerdote se definió a sí mismo :

«Soy un misterio incomprensible para quien no tiene fe. Si no me miran bajo los ojos de la fe, mi presencia no tiene ningún sentido.

No soy tan desconocido. Existo a causa de Jesús, de quien tal vez muchos me han disociado. Sin El no tengo razón de ser».

El sacerdote está separado del mundo; pero no debe estar separado de lo humano. El sacerdocio no es una profesión sino una manera de ser cristiano.

En esa realidad misteriosa he vivido por muchos años. He visto el perdón de Dios y he podido percibir el paso del Señor en tantas personas.

Es difícil que una vida sacerdotal sea entendida por quienes no han recibido esta vocación. Se trata de una realidad profunda, interior y no fácil de expresar.

Se puede escribir sobre la belleza del perdón y sobre lo que significa consagrar el pan y el vino. Se puede filosofar sobre el puente que une al hombre con Dios. Mucho más allá está el misterio de la fe y de la confianza de Jesús y de la Iglesia en personas frágiles y débiles, como somos nosotros.

Los sacerdotes siempre serán un tema difícil para católicos y no católicos. Será más difícil aún para los católicos no practicantes que están en la Iglesia, pero que se han quedado con una religiosidad heredada o de costumbres.

Esta complejidad y misterio sobre el sacerdote lleva a una abundante literatura sobre el tema.

Hay bastante literatura sobre el clero. Se han escrito hermosas novelas, las principales son, según mi parecer «Las llaves del Reino», de Cronin; «El poder y la gloria», de Graham Green; «Diario de un cura de campo» de Bernanos y «Los santos van al infierno», de Cesbron.

«El poder y la gloria» fue condenado por el Vaticano, pero es interesante recordar que al recibir el Papa Paulo VI a su autor, le dijo haber leído la novela y que él no lo había condenado.

Estas cuatro novelas presentan rostros sacerdotales diferentes, uno es depresivo como el cura de campo que muestra Bernanos, el Padre Francisco de Cronin, es un hombre libre y evangélico, el protagonista de Graham Green es alcohólico y de una fe que lo lleva al martirio.

En estas novelas se muestra en forma, tal vez simbólica, las diversas facetas sacerdotales.

Al recorrer la vida y en el contacto con tantos sacerdotes, se van percibiendo los rasgos diferentes y es apasionante constatar cómo Jesús se proyecta en sus vidas, respetando la personalidad de cada cual.

b) Sacerdotes Santos y no tan Santos.

Siempre se ha predicado y con razón, una frase del Evangelio de San Juan: «sin mí nada podéis hacer» (Juan 15,5) y también el texto de San Pablo «no podemos decir Jesús si no es por

la fuerza del Espíritu». Siendo seminarista, escuché interpretar el texto de San Juan y lo que el predicador más recalca era la palabra «nada». Recuerdo cómo el sacerdote repetía la palabra, ya fuera en castellano o en latín (nihil) y al final los oyentes debían quedar convencidos de ser «nada».

También es frecuente en ambientes eclesiales escuchar «no somos nadie», o «no somos nada».

Estas afirmaciones requieren ser relativizadas porque tienen interpretaciones diversas. Todo se hace por la bondad del Señor y cada cual es una persona con valores y cualidades, con defectos y limitaciones. Todo viene de Dios.

Los sacerdotes santos son aquellos que han asumido su realidad y que viven humanizados. Es Alberto Hurtado quien era profundamente humano y había aceptado su verdad en la cual estaba encarnada su vocación cristiana y sacerdotal.

Alberto era santo y por eso podía decir «deja que Dios se pasee por dentro» y «cuando se tiene a Dios hay que sacrificarlo todo y ésta es mi mayor alegría».

La humanidad es valor primordial para la santidad.

Entre otras cosas, los que son menos santos, son aquellos que, tal vez, nunca asumieron

su verdad. Es el caso de los «profesionales de Dios», hombres que están «cumpliendo», pero que no han entrado en su vocación más profunda.

He podido conocer a silenciosos sacerdotes, muchas veces heroicos, que han vivido para servir y para ayudar. También he conocido caricaturas de santidad en donde hay una vida sin mayor irradiación, porque están realizando un oficio sin estar enamorados de Dios.

Siempre tiene vigencia la terrible frase de Peguy «porque no aman a nadie, creen amar a Dios».

Cuando no hay humanidad asumida, cuando no hay amor verdadero a Dios y a las personas, se producen estas dolorosas situaciones en donde, al fin, hay una terrible carencia de amor.

Vuelvo al Padre Hurtado, de quien dijo un jesuita «ha sido el hombre con mayor capacidad de irradiación que he conocido». Que venía de una humanidad transformada por la gracia y el amor de Dios.

Siempre habrá santos y menos santos. Tal vez lo que importa es saberlo y asumirlo con dignidad.

Sobre tres hombres de Iglesia se hizo el siguiente comentario: El primero era santo y no lo sabía; el segundo no era santo y lo sabía. El tercero era santo y lo sabía. La Iglesia sólo cano-

nizó al primero.

Es posible distinguir entre personas enamoradas de su vocación y hombres que no entendieron lo que habían asumido. Conocí a un hombre digno quien me decía: «me equivoqué de camino, pero lo elegí y quiero ser responsable de mi decisión». Murió santamente y nunca vi en él un mal ejemplo, pero no irradiaba alegría.

Recuerdo al sacerdote a quien le pregunté qué estaba haciendo con su vida sacerdotal. Se veía a un laico celebrando liturgias pero su corazón estaba en otra parte.

Agradeció la pregunta y después de un buen discernimiento, dejó el ministerio porque su vida estaba en las obras sociales, sin haber entrado nunca en la vida de la fe. Antes de partir me obsequió el cáliz de su primera misa, con el cual he celebrado muchas veces la Eucaristía.

Este hombre es de gran honestidad y, a través de los años, hemos mantenido una sincera amistad.

Pienso en un sacerdote con grandes cualidades para la fotografía. El mismo se presentaba en forma irónica: «de profesión fotógrafo y en los ratos libres sacerdote».

También he podido constatar situaciones de doble fondo en donde el sacerdocio es una carga y se compensa esta frustración ya sea con el sexo, en el alcohol, el dinero o el poder.

Desde los tiempos de Judas Iscariote, habrá sacerdotes mercaderes, centrados en el dinero o con problemas de un celibato mal asumido. Lo más maduro es asumir estas realidades y preguntarse por qué suceden.

Siempre habrá sacerdotes convencidos y enamorados de su vocación. El problema sacerdotal nunca será un asunto de números o estadísticas. Se necesitan personas cristianas maduras en su vida y en su fe.

c) El futuro que se vislumbra

Le tengo un gran cariño a la Iglesia y al sacerdocio. He dedicado mi vida al servicio de la Iglesia, de lo cual estoy agradecido a Dios.

Recibí en 1967 la misión de gobernar la Iglesia de Talca. Puedo repetir lo que escribió un Cardenal de Francia: «Nunca he olvidado que la Iglesia está hecha de hombres y mujeres. Está habitada por sus miserias y por sus riquezas. Está animada por el Espíritu Santo».

Son diversas las personas que constituyen el Cuerpo de Cristo en la celebración de la Eucaristía. Hay diversos rostros que me muestran la inmensa ternura de Dios en la Eucaristía de su Hijo.

El sacerdote es uno de esos rostros. No es mejor o peor. Está consagrado a revivir en él esta

extraña afirmación: «la Iglesia son todos los creyentes en Cristo». (Cardenal Marty)

En esta perspectiva de amor a la Iglesia y al sacerdocio, parece conveniente reflexionar en la enorme transformación de la vida sacerdotal que se está generando en nuestro tiempo.

La Iglesia en el mundo, y también en Chile, ha tenido una gran fuerza en las raíces campesinas y en la cultura rural. Se ha producido, lentamente al principio, y ahora con una velocidad que impresiona, la emigración a las ciudades. La transformación de la cultura rural en una cultura de ciudad, es una realidad que golpea todas las estructuras. Más allá de lo urbano o lo rural, se ha llegado a una sociedad diferente. Hay bastante confusión, pero la transformación está a la vista.

Los cambios son profundos y estamos en una nueva cultura que requiere ser evangelizada con una metodología diferente. Se ve lo que está sucediendo en las raíces de nuestra sociedad. Se ha entrado en una sociedad carente de valores estables y la palabra «relatividad» es una palabra clave para entender lo que sucede. Los valores están subordinados a la eficacia y al éxito.

El sacerdote no es un solitario y debe ser un solidario con todo lo que sucede.

El cambio de cultura y de civilización tiene que afectarlo profundamente. Aquél que es im-

permeable, significa que no ha entendido su vocación misionera. Parece ser el drama de quienes no aceptan ser afectados por la apasionante y dramática transformación de nuestro tiempo.

Por otra parte, los sacerdotes están disminuyendo sistemáticamente en los últimos años. Pasa lo mismo en la vida religiosa. La nueva generación se resiste al compromiso para toda la vida y esta resistencia también se aplica al matrimonio. Eso explica la disminución de la familia estable. Es una realidad dolorosa y difícil. No es una realidad positiva; pero junto con buscar soluciones para modificarla, es necesario reconocerla.

Los números pueden ser engañosos. Al Papa Juan XXIII se le preguntó cuántos sacerdotes trabajaban en el Vaticano. La respuesta, desconcertante para todos: «aquí trabaja la mitad...»

Tal vez, por no querer abordar un tema difícil, no se ha publicado en América Latina un estudio serio sobre esta realidad. Si hay alguno, no tiene mayor divulgación.

Los cambios culturales y la disminución numérica de los sacerdotes, lleva a la necesidad de pensar qué se puede hacer.

Inconscientemente es fácil tender a rebajar las condiciones para el sacerdocio y así superar la falta de vocaciones con niveles menores. Es un profundo y grave error.

Admitir al sacerdocio a personas sin las condiciones que ha colocado la Iglesia a través de los siglos, es regresar a un tiempo pasado en donde había «sacerdotes de misa y olla». No sabían leer y cumplían mecánicamente los ritos sacramentales. Es justo reconocer que siempre hubo clero bien preparado y este tipo de sacerdotes era una especie de relleno para mantener una fe rudimentaria. Este hecho histórico se produce en la Edad Media y el precio que se pagó fue demasiado alto.

Cambiar los parámetros significará para algunas corrientes ideológicas, recibir en el estado sacerdotal, a homosexuales, que cumplirían funciones litúrgicas y encontrarían un espacio donde vivir con su condición frágil y vulnerable.

Esta respuesta sería una grave equivocación.

Para otros, la solución será ordenar como sacerdotes a hombres casados, de probada virtud y buen criterio. Aparentemente es un solución; pero en el fondo, no soluciona el mayor problema de evangelizar a un mundo diferente que requiere dedicación total y una preparación adecuada. Jesús nos recuerda que los parches en una tela nueva, no dan buenos resultados. Los hombres casados en el sacerdocio, serían personas mayores, que difícilmente podrían asumir los desafíos que se presentan.

La respuesta más de fondo, y no lo planteo

con total seguridad, es llegar a una real transformación de roles, en donde el laico, y, en forma relevante el mundo femenino, tengan una participación mucho más fuerte y decisiva.

No basta con decir que «ha llegado la hora de los laicos» y tampoco es suficiente expresar que la mujer debe ser valorada en otra forma. Esto debe hacerse, pero habrá que dar pasos para que el sacerdote, «con una diferencia esencial del laico y no sólo gradual», como dice el Concilio Vaticano II, tenga un rol diferente.

Se visualiza un sacerdote más cercano al Evangelio, con mayor dimensión contemplativa. No es necesario que sea un empresario de obras de Iglesia o un constructor de templos. Tampoco se requiere a un dirigente carismático que anime reuniones y sea jefe de una parroquia.

Los libros decían que «ha muerto el párroco tradicional» como pequeño cacique local. Los hechos muestran que esa frase no es muy verdadera, porque muchos sacerdotes siguen siendo pequeños dictadores de conciencia y empresarios ejecutivos en diversos niveles. Tal vez, gran responsabilidad tienen los laicos que no desean asumir un mundo real y descansan en el sacerdote. Una proporción importante del Pueblo de Dios, utiliza el sacerdote sin saber o sin poder apoyarlo mejor.

Se requieren hombres de Dios, profetas del

Reino y del Evangelio. Se necesitan hombres transformados por Dios y con una radicalidad de vida en el camino de Jesús.

Más que funcionarios, se necesitan pastores y testigos del amor de Dios.

Se ve urgente acentuar mucho más la imagen de una Iglesia que está en el mundo y que desea servir e impregnar la vida con la sal del Evangelio. Esa es la Iglesia luz del mundo y levadura de la masa.

La Iglesia que pensó Jesús no está en concordancia con una imagen del poder o de dominación sobre las conciencias. Es el rostro de una Iglesia y de un sacerdote que están en una perspectiva diferente.

Es el sacerdote que piensa en el «pequeño rebaño» del cual habla Jesucristo. Tal vez no se necesitan muchos sacerdotes y esto dependerá de Dios, pero sí se ve necesario un tipo sacerdotal diferente, «en amor de castidad por el Reino de los cielos» y con una mirada nueva sobre los diversos roles.

Hace cincuenta años no imaginábamos que la catequesis de primera comunión la hicieran los padres de familia. El sacerdote y la religiosa eran los catequistas. Hoy día, se ha producido un cambio y el mundo no se cayó a pedazos.

Se han dado algunos pasos: el ministerio laical, el diaconado permanente, alguna débil

participación femenina en una Iglesia que es profundamente machista. Se ve conveniente pensar en otro modo de abordar el tema sacerdotal.

Deseo presentar el mismo tema bajo otro aspecto. Me referiré a un esquema que parecía seguro hasta hace algunos años, pero que está resquebrajado en muchos aspectos.

Recibí el sacerdocio en Septiembre de 1944 y después de siete años en el Seminario de Santiago, creí haber captado en forma razonable, lo que entregaron los buenos sacerdotes de aquellos años.

Había frases transformadas en verdades no discutidas. Nombraré algunas: «Un sacerdote puede atender hasta mil almas».

«El buen seminarista y el buen cristiano recibe el sacramento del perdón todas las semanas».

«Las vacaciones son el sepulcro de las vocaciones».

Existían leyes eclesiásticas definidas y claras: «el rezo del breviario completo era una ley que obligaba al sacerdote bajo pecado mortal». Siempre, mientras estuvo esta ley, fue conmovedor presenciar cómo se cumplía esta lectura del breviario en latín. Pienso en el Cardenal Richelieu, sacerdote y primer ministro de Francia, quien rezaba el breviario al finalizar el día y después seguía con el breviario del día siguiente. Cada dos días este Cardenal acumulaba su

obligación sacerdotal y después seguía la vida política, su vocación más profunda.

Había la ley del ayuno eucarístico y no se podía beber agua desde las doce de la noche hasta después de la comunión. Había un seminarista que llegaba en ayunas a las dos de la tarde para poder comulgar en una Iglesia donde estaba el Santísimo Sacramento. Al modificar esta ley y con las misas vespertinas, se introdujo un cambio radical en los horarios y en las costumbres de los sacerdotes.

Era un esquema total y coherente: latín, solana, trato distinto con la mujer, leyes sobre los sacramentos. Todo parecía pensado para cuidar bien al consagrado a Dios. Sobre el trato con el mundo femenino, había una frase muy significativa «entre santo y santa pared de calicanto».

La misa diaria era algo fundamental y todo sacerdote naturalmente celebraba o «decía» misa todos los días, en ayunas y con todos los ornamentos ordenados por la liturgia.

Este esquema se quebró y es fácil percibir lo lejos que se vive de ese modelo fabricado con tanto esfuerzo por largas y valiosas tradiciones.

Hoy día, se podrá discutir para bien o para mal ese esquema que seguramente tenía errores y equivocaciones, pero era estable y sólido.

Todos sabemos que algunas parroquias en las grandes ciudades tienen más de cien mil ha-

bitantes y que ese plan de las «mil almas» no es real. Además hoy se habla de «personas» más que de almas.

El breviario ya no está impuesto bajo pecado mortal y no es una ley penalizada. Es una disposición suave y respetada que no parece estar asumida por un número importante de sacerdotes.

No es fácil encontrar quien se confiese semanalmente porque la disminución del clero, las distancias y los ritmos de vida lo hacen muy difícil.

Había una Eucaristía diaria por cada sacerdote, incluidos los Domingos. La falta de sacerdotes llevó a la Iglesia a entregar facultades para celebrar dos y tres misas por necesidades pastorales. No es tan extraño encontrar sacerdotes que celebran varias misas además de las permitidas. Estas binaciones y trinaciones, se quiera o no, debilitan el amor al Sacramento de la Eucaristía, porque llevan a la rutina y también a un cansancio sacramental que puede terminar en rechazo por lo sagrado. Lo he comprobado en varias oportunidades en que incluso se ha terminado en el abandono del ministerio.

Se quebró un sistema y no se ha logrado hasta ahora presentar un esquema diferente, capaz de dar respuesta al tiempo actual.

Veo el trato diferente con las chiquillas y los sacerdotes suelen saludar de beso a las niñas. Es algo que se ha introducido en forma bastante generalizada y que los mayores observamos con alguna reticencia.

Estos temas no son tratados en conjunto y sólo se conversan en forma parcial, a veces con nostalgia y con tristeza.

Falta buscar en globalidad una respuesta sabia a una vocación sacerdotal que se debe mantener en la Iglesia y que está bombardeada por todos los frentes.

Una sociedad consumista y erotizada, una televisión invasiva, una vida ordenada por sistemas de computación creciente afecta con o sin intención, la consagración a Dios en amor de castidad, en un servicio de amor al Reino de Dios y al prójimo.

En resumen: los cambios culturales, la disminución de los sacerdotes y el quiebre de un esquema no reemplazado son realidades muy fuertes que afectan el porvenir de la Iglesia.

Se vislumbra un futuro difícil. No querer verlo hace mucho daño. Tampoco es sano vivir lamentándose o buscando en forma nostálgica las culpas y los errores cometidos, deseando volver al pasado.

Tal vez, el mayor peligro es la paralización por el miedo o la angustia de no saber qué ha-

cer. Es muy fácil no querer ver lo que sucede. Mirar sólo el pasado nos convierte en estatuas de sal, lo cual es muy negativo.

d) Sugerencias para un proyecto de vida sacerdotal.

La teoría del cenicero

«Cuando daba clases de entrenamiento pedía a los alumnos que tomaran un cenicero de cristal y lo rompieran en tres pedazos y decía: Si recogemos uno de ellos tendremos un pedazo de vidrio. Si se recogen dos pedazos sabremos que tenemos las dos partes de un cenicero, pero no podremos botar las colillas de los cigarrillos. Para disponer del artículo necesitamos los tres pedazos del cenicero». (Frederik Forsith)

Es una débil comparación, pero nos ayuda para explicar que el enfoque del sacerdocio necesita ser integrador y coherente. Muchas veces se abordan los temas importantes en forma parcial y no unificada. Por esa razón, no se aborda bien un tema de vital importancia para la Iglesia.

Sobre el sacerdocio católico hay buena doctrina en nuestra Iglesia. Desde la Biblia hasta el Concilio Vaticano II (1965) es fácil encontrar en el Magisterio de la Iglesia todo lo necesario para entender el tema. Las orientaciones de los últimos Sínodos de Roma han ayudado en esta línea.

No se trata en estas páginas de entregar mayores líneas doctrinales de las que ya existen. También se presupone que han sido asimilados los valores fundamentales del cristianismo y que se ha descubierto el rostro verdadero de Dios Padre, en Jesucristo y bajo la acción del Espíritu Santo, se da por entendido que el amor a la Virgen María ha encontrado un lugar importante en la vida sacerdotal.

Después de esta introducción, escribo las sugerencias para un proyecto de vida sacerdotal:

- *Por Jesucristo, con Él y en Él.*
- *Servidores de la Eucaristía, la Palabra y el Perdón.*
- *Contemplativos guiados por el Espíritu Santo.*
- *Por Jesucristo, con Él y en Él.*

La persona viva de Jesús y su Reino constituyen la razón de ser de un cristiano y más aún de un sacerdote. El Evangelio es el libro funda-

mental y permanente. La vida sacerdotal es por Él, con Él y en Él.

Por Jesús Con Él y en Él, el sacerdote se hace un hombre misionero, evangelizador y servidor de sus hermanos. Por Jesús se entrega la propia vida.

Jesús muestra la plenitud de la humanidad. Él entiende a las personas y está revestido de misericordia.

Por Jesús se llega al amor al Padre, el gran amor del Señor. Por Jesús se ama a la *Iglesia* y a la *Virgen María*.

Con Jesús, por Él y en Él, se vive en forma humana y encarnada, para insertarse en la realidad de las personas y del mundo. Con Él, la vida adquiere una mayor humanidad y ternura. Con Él se requiere una visión universal y una perspectiva de lo que es la gratuidad del amor que hará posible entender la castidad, la pobreza y la obediencia. Con Jesús se puede vivir de pie y con los ojos capaces de mirar directamente a otros.

En Jesús, por Él y en Él, se vive una dimensión de esperanza y de paz. Cuando la vida está en Jesús, se vive como San Pablo y el Padre Hurtado.

En Jesús la vida está centrada en su Evangelio y surgen caminos nuevos de creatividad.

En Jesús se construye el Reino de los cielos.

En Jesús desaparecen los miedos y las angustias que suelen paralizar la vida y hacen más pequeñas a las personas.

En Él se pueden afrontar los conflictos y las tentaciones con una mirada diferente. Él es nuestra Paz.

Por Él, con Él y en Él, la cruz adquiere una perspectiva de redención. Se puede vivir crucificado y con alegría, cuando Jesús ha mostrado el valor del sufrimiento.

El vivir en Jesús podrá darle un sentido evangélico más consecuente a la relación con el dinero, con el poder y los bienes materiales.

Cuando Jesús es el centro de la vida, esos valores que son importantes adquieren su verdadera proporción y dejan de ser la razón de vivir.

.....

- *Servidores de la Eucaristía, la Palabra y el Perdón, en Comunión con el Obispo y el presbiterio.*

Eucaristía, Palabra y Perdón son las tres grandes realidades que no se pueden delegar y constituyen la mejor identidad sacerdotal.

Hombres de la Eucaristía, sacramento de amor y unidad.

Hombres de la Palabra, profetas que anuncian los caminos de Dios. Son quienes hablan de verdad y con verdad.

Hombres del Perdón, que revestidos de la misericordia van reconstituyendo las relaciones con Dios y con las personas.

En comunión con el Obispo, signo de unidad y comunión en la Iglesia. «Nada sin el Obispo» dice la tradición de la Iglesia. El Obispo constituye y une a la Iglesia.

Servidores y no propietarios de estas grandes verdades de siempre. Es un triple «servicio» que necesita ser vivido en comunidad, porque no puede ser una acción de personas solitarias.

En comunidad con el presbiterio, la fraternidad sacerdotal necesita ser revitalizada con mucho mayor fuerza. Jesús envió «de dos en dos» a los primeros apóstoles. Un sacerdote que no logra hacer equipo de vida y de trabajo tendrá una gran limitación.

«Los llaneros solitarios» son interesantes, pero Jesús quiere sacerdotes hermanos y solidarios.

- *Contemplativos guiados por el Espíritu.*

El gran camino para revitalizar el sacerdocio

y la acción de la Iglesia será profundizar en la vida del Espíritu. Se ha escrito en forma bella que «No es el ancla lo que simboliza verdaderamente la fidelidad, sino la vela del barco que se abre amplia para desposarse con el viento y dejarse llevar»

Tal vez es una gran ausencia en sectores de nuestra Iglesia porque se posterga la importancia vital del Espíritu Santo. Los sacerdotes necesitan vivir profundamente en este régimen del Espíritu. Serán los siete dones, especialmente la fortaleza, la sabiduría y la piedad, los que iluminen y den fuerza a una vida sacerdotal.

Más que predicadores, se necesitan testigos de una experiencia de Dios. Se requieren argumentos brillantes e ideas creativas, pero es más importante encontrar personas que vayan mostrando el rostro de Dios descubierto en la oración y el silencio.

Es a los hombres de Dios a quienes se busca, cuando se quiere encontrar a Dios y a todo lo relacionado con su misterio y el de la fe verdadera.

Así, el alma de la Iglesia será el Espíritu Santo y todo será guiado por su acción maravillosa en el corazón de las personas.

El contemplativo tiene vida de oración, lo cual es mucho más que cumplir con «prácticas religiosas». En la Virgen María se puede enten-

der la que es una vida guiada por el Espíritu. Ella es un faro luminoso y atrayente.

Las prácticas religiosas son necesarias, pero sin vida de oración y sin presencia de Dios, estas prácticas de piedad terminan siendo fórmulas o recetas que pierden sentido y valor.

e) Para que este proyecto sea realidad.

¿Qué pasos dar para llegar a hacer realidad lo que se piensa?

¿Cómo pasar de la teoría a la práctica?. Éste es un gran desafío de nuestra Iglesia.

Al reconocer los cambios culturales, la disminución de los sacerdotes y el quiebre del esquema tradicional, aparece obvio pensar en un esquema diferente.

Significará entregar lo que se llama «el poder» para confiar en los laicos y en el mundo femenino. Así se podrá pensar en una pastoral diferente con roles diversos. Surgirá más nítida la figura del sacerdote contemplativo, traspasado por la Eucaristía e imagen del Cristo del Evangelio.

Significará otro modo de llevar las parroquias, el dinero, las construcciones e instituciones de la Iglesia. Se tratará de dar las atribuciones necesarias al laicado, en forma destacada al

mundo femenino, para que tengan un rol más activo. Todo esto es de una importancia decisiva y de grandes consecuencias.

Puede ser una ilusión, una utopía o el inicio de un camino nuevo; pero el sistema requiere ser revisado con audacia y bajo la luz del Espíritu Santo.

Siempre será necesario abordar los grandes problemas permanentes de la educación de la fe y orientar el corazón para una afectividad en amor de castidad.

Se requiere trabajar constantemente por unir la razón, la fe y los sentimientos. Así se irá madurando en amor a la Iglesia encarnada en el mundo actual.

Todo será mejor llevado, en la medida que se logre ver la realidad con una mirada lúcida y con valor.

Hoy día es bastante fácil percibir algunos problemas en la vida de los sacerdotes. Se notan los esfuerzos heroicos de hombres que han asumido tantos roles. Es duro y poco gratificante ser «hombre-orquesta». Los sacerdotes no son super-hombres, pero están realizando tareas múltiples que no pueden asumir en forma serena.

Con demasiada frecuencia se ven sacerdotes cansados y con poca alegría. Se habla mucho del «agobio pastoral». Desgraciadamente la

persona agobiada tiende a aislarse y a buscar poco el apoyo fraternal de sus hermanos sacerdotes.

Aparecen señales que muestran tensiones que no deben prolongarse en el tiempo.

No basta decir que Dios va a acompañar a su Iglesia «hasta el final de los tiempos». Se requiere escuchar los signos de los tiempos y buscar respuestas a lo que sucede.

Los sacerdotes somos signos de Dios y lo importante es que logremos interpretar la realidad para ser sal de la tierra y luz del mundo.

El tiempo es breve y la velocidad crece. No es suficiente esperar que sólo el tiempo responda a estas observaciones.

f) Para iniciar una transición necesaria.

Es difícil aceptar la necesidad de las transformaciones y cuesta encontrar una estrella que oriente bien nuestro camino hacia Dios. Muchas veces, más que planificar, será necesario ir a remolque de la vida misma. Eso es posible cuando somos conscientes que la vida la gobierna Dios.

Con frecuencia contemplamos los hechos por la espalda, porque nos duele mirar de frente.

Para una transición real y no sólo de papel,

habrá que mirar lo que sucede en forma descarada y con valor.

No es posible cambiar todo en forma brusca, porque se quiebra toda la cristalería. Se necesitan pasos progresivos.

¿Qué se propone?

1. Aceptar la necesidad de abordar el problema y buscar una respuesta aproximada.
2. Reconocer que la vida sacerdotal y la pastoral requiere modificaciones de fondo.
3. Fortalecer la familia, la pastoral juvenil y la orientación a los colegios católicos. Esas serán las fuentes más permanentes de una pastoral vocacional.
4. A quienes no pueden modificar sus orientaciones, será mejor dejarles en la atención sacramental de cristianos poco cercanos a la Iglesia; en la pastoral de multitudes, que es necesaria, pero no es de soluciones. Muchas parroquias pueden ser buenos centros sacramentales al servicio de lo que se llama hoy «pastoral ordinaria».
5. Quienes deseen vivir su sacerdocio con las características indicadas, podrán trabajar en pastoral de multiplicación; en un trabajo de formación de personas. Serán acompañantes es-

pirituales y hombres que comuniquen su experiencia de Dios, su vida en el Espíritu.

6. Para que esta transición no sea traumatizante o demasiado conflictiva, se ve necesario ir formando conciencia del tema, abriendo caminos nuevos.

Los sueños se transforman en realidades y las utopías pasan a ser vividas, cuando hay personas con capacidad de soñar. «Aquél que sueña es un rey. Quien no sueña, es un mendigo». Este pensamiento puede ayudar en esta hermosa tarea.

CAPITULO III

LA VERDADERA AUTORIDAD ES UN SERVICIO DE AMOR.

Después de treinta años como Obispo de la Iglesia es evidente que he visto y observado los diversos estilos de Gobierno. He tratado de entender a los dirigentes políticos, sociales y religiosos en sus diversas expresiones de gobierno.

Con algunos gobernantes, ha habido mayor afinidad que con otros, lo cual es normal y permanente.

Toda autoridad está destinada al bien común, al servicio y no a la dominación. La palabra autoridad viene del latín «augere» y significa «hacer crecer».

Estas reflexiones pueden ayudar a los gobernantes de las diversas instituciones.

1.- *Tentaciones de un gobernante.*

Todo gobernante tendrá dificultades para llevar adelante su tarea. Habrá pruebas difíciles y también habrá tentaciones. Parece adecuado observar que prueba y tentación son conceptos

diferentes. «Dios no tienta a nadie» dice la Biblia y por eso las tentaciones no son de origen divino.

Presentaré dos posibles tentaciones que suelen llegar a quienes gobiernan.

a) *El maquiavelismo*

Hace muchos años se escribió un libro clásico para los estudiosos de la vida política y del gobierno de los pueblos.

El autor es Nicolás Maquiavelo y el libro se llama «El Príncipe». Allí se escribe con inteligencia y maldad lo que debe hacer un gobernante para tener el poder total sobre los súbditos.

El eje conductor de este libro está en cómo tener poder y en la teoría que «el fin justifica los medios». Así quien quiera gobernar podrá usar la mentira, la adulación, o lo que sea, para tener mayor poder sobre los súbditos.

Este esquema puede prometer y anunciar realidades que nunca serán cumplidas. Es algo parecido a lo que sucede en los períodos previos a las elecciones, en donde se promete tanto con realidades posteriores diferentes.

El maquiavelismo usa las personas por el halago fácil, por promesas de dinero y por ofrecimiento de responsabilidades de gobierno.

Es una ideología que desea el poder a cualquier precio y pretende comprar las conciencias sin entender que la conciencia puede alquilarse por un tiempo; pero que jamás se podrá vender.

El maquiavelismo piensa que toda persona tiene su precio y lo importante es saber cuál es el precio. Sistema inmoral que puede dar resultados aparentes; pero que, finalmente lo destruye todo.

«El fin justifica los medios» y en nombre de este falso principio, se han destruido muchas personas e instituciones.

Significa generar una sociedad sin valores en donde todo se compra, se usa y se bota.

Desgraciadamente este libro ha sido demasiado leído y meditado por muchos gobernantes que hicieron de este texto su libro de cabecera.

b) La desconfianza sistemática.

Es la segunda gran tentación que sufren los gobernantes.

Existe una frase atribuida a Stalin, uno de los dirigentes de Rusia, «la confianza es la enfermedad de los idiotas».

Puede haberlo dicho porque el gobierno de Stalin se caracterizó, entre otras cosas, por un sistema de temor y desconfianza, ya que él cada

cierto tiempo, eliminaba a sus colaboradores más cercanos. Hizo sucesivas «purgas» durante su dictadura porque no creía en las personas.

Dudar de todo y no creer en nadie, crea un sistema de gobierno basado en la inseguridad y en la desconfianza. Este esquema, crea grupos o camarillas de poder, que se van sucediendo permanentemente. El resultado es muy negativo, porque no hay crecimiento real de las personas.

Es un estilo dictatorial que llega a lo enfermizo. Por esa razón, había reyes que hacían probar antes de comer sus alimentos por algunos servidores, pues pensaban en el veneno que podían contener.

Quien padece de la desconfianza termina aislado y rechazado por todos y vive en la angustia y el miedo. El desconfiado busca caminos para probar la lealtad de sus colaboradores. Suele buscar trucos y maniobras que, miradas en el tiempo, aparecen infantiles y enfermizas.

2.- La autoridad que enseña Jesús.

Jesús «tenía autoridad», y así dicen los Evangelios: «hasta el viento y el mar le obedecían».

Era Enviado del Padre y «los judíos admiraban su doctrina».

«El conocía el corazón del hombre» y no fue

un ingenuo ausente de la realidad.

Jesús muestra una manera de vivir la vida, en la cual se logra llegar a la verdad y la autoridad a través de un servicio de amor, que hace crecer.

El Señor se muestra creyendo en las personas, y como dice San Juan, El es «El Verdadero».

Hoy día, vivimos una crisis de autoridad a nivel mundial, y cada día se ve mejor, que la autoridad real crece sólo cuando hay verdad y transparencia.

Todo aquél que tiene alguna autoridad, sea del orden que sea, debe mirar el Evangelio para aprender a gobernar y orientar bien su servicio de amor.

Hay una carencia de jefes y al pensar en el peso moral de Juan Pablo II, es fácil percibir cómo una persona tiene más valor por su testimonio que por sus órdenes. Juan Pablo es líder indiscutido en esta época de la Historia y esta realidad debería ayudar a reflexionar mejor en lo que es la verdadera autoridad.

3.- La complejidad de los gobernantes y en especial la de ser Obispo.

En la vida corriente todos vamos conociendo a las autoridades que gobiernan el país, las

iglesias, las empresas. Todos podemos constatar cómo un padre de familia lleva la orientación de su familia y lo fácil que es delegar en la madre lo cual simplifica aparentemente la vida del hogar; pero a través del tiempo trae mayores complicaciones.

Los tiempos, las etapas del momento, las edades de las personas tienen consecuencias muchas veces no programadas.

Creo haber visto bastante. Qué distinto es gobernar una comuna en 1997 a los tiempos tranquilos del alcalde de «La Pérgola de las Flores». Hoy día esta autoridad tiene mayores atribuciones lo cual significa más responsabilidad y preparación.

He conocido muchos parlamentarios y son diferentes los modelos actuales a los modelos clásicos que había antes del Gobierno Militar.

He presenciado el desfile de los Intendentes, más común en tiempos del General Pinochet, que por ser uniformados no llegaban a estar más de dos años en un cargo.

Qué diferente era tratar con Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende o Augusto Pinochet. No es lo mismo Patricio Aylwin que el actual Presidente. Cada cual tiene su personalidad y sus características y Gracias a Dios que así sea.

En la Iglesia ha sido notable la diferencia

entre Juan XXIII y Pablo Sexto. Nuestro actual Pontífice, Juan Pablo II responde a un esquema de quien vivió en los países del Este antes de la caída del muro de Berlín.

En quienes tienen autoridad influye la edad, el contexto que les rodea y la historia que precede a su entrada a la conducción con alguna responsabilidad.

Observo la trayectoria de algunos amigos jóvenes de diversos partidos políticos y es interesante seguir su crecimiento y evolución a lo largo de los años. Pienso en quienes he podido acompañar por muchos años y me impresiona la estatura que se alcanza a través del tiempo.

Es diferente el gobierno femenino al de los varones y esa experiencia nueva necesita ser asimilada por todos.

Se ven estilos distintos, mecanismos inesperados. Hay cercanías y distancias.

Recuerdo con emoción cuando Paulo VI leyó un documento que había escrito como Obispo de Talca y envié una semana antes de ser recibido por él, en audiencia privada. Al llegar a visitarlo me encontré que el documento estaba sobre su mesa con comentarios de su puño y letra. El Papa me dijo «excelente documento periodístico; pero tal vez no es apropiado que Ud. lo publique». Ese gesto y esa actitud tan personal y respetuosa me significó una gran cercanía

y amistad por muchos años.

La complejidad de ser Obispo:

En Diciembre de 1966 fui llamado por el Papa a suceder a Dn. Manuel Larraín que había fallecido el 22 de junio de ese mismo año en un accidente del camino.

Muchas veces me habían pronosticado que sería Obispo de la Iglesia. Alberto Hurtado me lo expresó sin rodeos e igual sucedió con Monseñor Larraín, quien me había pedido como Obispo Auxiliar antes de su muerte.

Recibí el nombramiento al finalizar ese año y el 5 de enero de 1967 fue publicado oficialmente por la Iglesia.

Debí asumir esta nueva misión desde la fe ya que era la única manera de entender lo que sobrepasa absolutamente en una persona. Descubrí que no había ningún curso para ser obispo y que tenía que aprender por el camino. La misión episcopal necesita ser mirada desde la fe y así se entiende lo que dijo un sacerdote que rechazó el episcopado: «tengo fe para ser cura; pero no me da para ser obispo»...

Sabía que el Obispo es elegido por el Papa quien tiene mecanismos para consultar discretamente antes de tomar estas decisiones y sabía

que ser Obispo, significa representar a Jesucristo en una diócesis determinada. Los obispos no somos representantes del Papa, como dicen tantas personas. Yo fui designado Obispo de Talca por el Papa Paulo VI y esa designación que hace la Iglesia está destinada a prolongar a Jesucristo y al Colegio apostólico que Él fundó. Jesús escogió a los 12 y los destinó a ser sus apóstoles testigos.

Sabía que era necesario un tiempo prolongado para ser aceptado como Obispo y que no se impone la autoridad por decretos o por decisiones autoritarias.

Tenía conciencia de ser una persona que había vivido siempre en Santiago sin conocer el ritmo y el estilo de las provincias.

Estaba muy conciente que el Obispo y los sacerdotes no son propietarios de Dios ni del mundo religioso.

Se habla a veces del «poder sacerdotal» y esa afirmación confunde porque más que «poder» se trata de «un servicio» para construir la Iglesia y el Reino de Dios.

El rol del obispo es complejo, debe ser fuente de unión y buscar cómo unir la prudencia con la verdad.

Existe la virtud de la prudencia y también se puede producir lo que se llama «la prudencia de la carne». Es la falsa prudencia, es la diplo-

macia en el mal sentido de la palabra. Jesucristo era prudente y nunca recurrió a esa falsa prudencia que termina confundiendo todo por la ambigüedad y poca transparencia.

El rol episcopal es difícil. Ha recibido autoridad para representar a Jesús; pero igual que el Maestro, es un rey sin corona y es un señor solitario.

Don Manuel Larraín, recordaba con frecuencia que el Obispo es «poderoso y solitario». El recitaba un poema en francés sobre la persona de Moisés. A él le pesaba bastante la soledad en el ejercicio de su episcopado.

La soledad es inherente a toda autoridad, ya sea civil o eclesiástica. En el Obispo, esta soledad parece ser más fuerte, porque ha recibido esta misión por un tiempo largo, que sólo ahora, se ha delimitado a los 75 años de edad.

El obispo vive en soledad, debe escuchar, discernir y tratar de hacer lo que Dios quiere. No buscará la popularidad porque eso lo llevaría fácilmente a la demagogia.

Muchas veces, sabrá que hay aspectos que no se pueden resolver y pensará en la clásica respuesta «la mitad de las cosas se arreglan solas y la otra mitad no tiene remedio».

Ser obispo es complejo, porque no tiene indicadores concretos frente a los conflictos difíciles. «Si no sabe escuchar, no tendrá tiempo

para gobernar».

Rápidamente van mostrándose los problemas de conciencia. Existen las leyes y lo que se llama la «epiqueya», palabra extraña que significa la interpretación a las leyes en las conciencias individuales.

El Obispo es consagrado para perdonar y bendecir. Sus manos y su cabeza están ungidas con el óleo santo, «Quedará bendecido lo que estas manos bendigan» y «quedará consagrado lo que estas manos consagren». Así decía el ritual de la ordenación sacerdotal.

Se le pide creer en la misericordia y en el perdón, vivir con verdad y con justicia.

.....

Esta complejidad Episcopal se aplica en diversas formas a todos los que deben orientar a otros.

Las certezas absolutas, suelen ocurrir en forma excepcional y lo normal es decidir con un porcentaje de equivocación.

La verdad no siempre está en la mayoría y actuar por la presión de los números, puede ser un grave error. Desconocer esas mayorías también es conflictivo.

«Tener razón demasiado pronto suele ser lo

mismo que equivocarse».

Y así he vivido treinta años de la vida buscando cómo hacer lo que Dios quiere.

Por temperamento más bien tímido he debido afrontar problemas difíciles. Poco a poco Dios me ha ido suavizando por dentro y algunos aspectos se han superado, al menos parcialmente.

El Señor trabaja por dentro y humaniza a las personas. Es una maravillosa acción de Dios que hace crecer en misericordia y perdón.

Por la gracia de Dios he tratado de ser consecuente con la propia identidad. Creo no haberme revestido de ningún personaje y no he jugado a ser autoridad.

He tratado de ser yo mismo y sigo leyendo novelas policiales. Me agradan las películas del Oeste y me parece que jugar brisca pertenece a la cultura popular del país.

4.- Algunas tensiones de toda autoridad

a) La sinceridad y la ambigüedad

Es muy común querer simplificar las cosas o creer que la vida es en blanco o negro. Para no tener dificultades, se buscan respuestas fáciles o tajantes, en donde no queda lugar para las

vacilaciones o los miedos.

Es muy fácil vivir creyendo todo lo que dicen los medios de comunicaciones. Otros, prefieren no saber nada de nada, para evitarse complicaciones. Una cantidad muy alta de personas, no tiene opinión propia y vive dando respuestas para agradar a quienes les pide una información.

Hace muchos años, debí hacer un viaje para bendecir una iglesia nueva en un invierno muy lluvioso. Iba manejando una camioneta y recogí a una persona que iba a esta bendición. Cuando el camino se puso muy resbaladizo, le pregunté a mi acompañante: - «¿nos vamos a quedar pegados?» - y su respuesta fue sorprendente: «cuando Ud. diga, Sr. Obispo» ... sin comentarios.

Desgraciadamente son muchos los que dan estas respuestas, y así, a los que tienen alguna autoridad, se les va generando la duda sobre la veracidad que los rodea. De este modo, se entiende lo que dijo un Obispo después de recibir el episcopado «Desde ahora, difícilmente sabré la verdad». Parece que había percibido esta realidad en su vida sacerdotal.

Es el eterno conflicto de lo que es real o simple conveniencia. Lo que se dice y lo que se piensa, suele ser diferente porque «la medalla siempre tiene dos caras».

En diversas oportunidades, he consultado obteniendo respuestas no verdaderas. Con el correr de los años, se ve necesario preguntar lo mismo a distintas personas, para llegar a una verdad real.

El carácter chileno, por tradiciones heredadas de los mayores, suele ser poco claro y, muchas veces, ambiguo o desconcertante.

Decir sí, no significa necesariamente una afirmación; decir no, tampoco es lo mismo que una negativa. Va mucho en el tono de la voz, en la forma de hacer la pregunta, en el estilo de las conversaciones. Muchas respuestas son para salir del paso sin mayor compromiso.

Existen personalidades confundidas y poco claras. Con el tiempo, se logra entender que no hay mentira y tampoco maldad. Generalmente hay mucha inseguridad y temor a equivocarse.

Toda autoridad debe tomar decisiones que afectan a las personas. Está lo que parece ser la verdad, que no coincide siempre con lo que es la verdad.

En las opiniones sobre temas conflictivos, las respuestas no son comprometidas, porque no hay seguridad o existe temor a ofender con una respuesta que no agrada.

Pasa algo parecido con «las renunciaciones indeclinables» que se escuchan con frecuencia. Suelen ser «renunciaciones con elástico» y también

de «carácter indeclinable». Es penoso constatar cómo tantas personas quedan afectadas cuando se les acepta la renuncia a sus cargos.

La sinceridad o ambigüedad en las respuestas siempre será difícil. Muchas veces aparecen signos no transparentes y se escuchan frases para agradar, pero no significan la verdad de lo que se piensa.

Existen posiciones oficiales y hay pensamientos propios. Una vez llegó la comisión encargada de pedir que el párroco no fuera trasladado. La gestión no dió resultados y al salir de la casa del Obispo, dijo el presidente de la comisión: «nosotros ya cumplimos». Era un modo de expresar afecto, pero no había mayor interés por un resultado positivo. Así, nacen las dudas sobre cuál es la verdad o la ficción o ambigüedad.

b) Situaciones complejas y ley del hielo

Todo gobernante debe formarse conciencia para resolver las situaciones difíciles y es de esperar que sea con conciencia recta. Tendrá que ser objetivo y orientado por principios y valores morales. Una conciencia errática, sin principios y valores, termina en un caos que destruye todo.

Las leyes o códigos civiles están hechos para orientar. En la Iglesia existen doctrinas y nor-

mas destinadas a guiar a los gobernantes, sea cual sea su responsabilidad.

Los códigos y reglamentos clarifican lo que se debe hacer, pero las tensiones se agudizan al tomar decisiones que afectan a personas, y también, cuando la realidad no logra entroncar con lo establecido por las leyes.

El Obispo debe resolver cuándo entregar el sacerdocio al joven seminarista que termina su preparación para recibir este sacramento.

Un Presidente de Chile, actualmente, debe decidir si se aplica la pena de muerte al condenado por los tribunales.

Cuando los presupuestos no alcanzan es necesario marcar prioridades. Es fácil que lo urgente sea arrasante y que lo importante se vea postergando.

En el papel todo es simple y aparentemente sencillo pero, en la práctica, se producen conflictos difíciles y complejos. Nacen las huelgas e instrumentos de presión para obtener cambios o mejoras económicas. Más grave que las huelgas de tipo económico, son las presiones por razones ideológicas.

Los conflictos eclesiásticos son aún más difíciles de precisar que los conflictos civiles. Las huelgas laborales son las más transparentes ya que, casi siempre, son realidades para obtener aumento de sueldos y terminar en transaccio-

nes con un porcentaje equilibrado entre lo que se solicita y lo que se puede entregar.

Las luchas ideológicas son muy sutiles y es complicado para un gobernante llegar a una solución pacífica y real.

En los conflictos sobre principios o corrientes de pensamiento suelen quedar resentimientos y las soluciones son transitorias.

Algunos recordarán la toma de la Universidad Católica de Santiago y las sucesivas ocupaciones de la Catedral en la Arquidiócesis de Santiago. Siempre estaba subyacente la sombra del poder, en forma generalmente inteligente, que oscurece las acciones realizadas.

En 1968 se realizó en la Diócesis de Talca la toma de una parroquia, en donde el pueblo no aceptaba el traslado del párroco. Superada la situación, se logró clarificar que había un partido político y el pastor de una iglesia evangélica respaldando este movimiento violento y prolongado. Se produjo el traslado, gané una batalla, pero perdí la guerra. Por muchos años esos feligreses estuvieron lejanos al Obispo.

En la década pasada, en Curicó se produjo «la toma del Templo San Francisco». La Congregación había acordado dejar el Convento y se produjo la rebelión de algunos feligreses importantes de la ciudad, con el respaldo de un sacerdote. La Orden Tercera Franciscana desde San-

tiago solidarizaba con los rebeldes. Había personal pagado para mantener la ocupación y el conflicto se terminó por cansancio.

La experiencia de los años me ha indicado que casi siempre pierde la autoridad. Al final se llega a un acuerdo, pero en estos conflictos en que se encuentran razones emocionales y políticas, quien pierde es el gobernante.

Es mi experiencia personal. Espero que haya otras experiencias más gratificantes.

En cada conflicto o huelga se encuentran ideologías subyacentes. La tentación es luchar contra los protagonistas visibles, sin descubrir a los autores intelectuales, mucho más decisivos que los que aparecen.

Con el tiempo se va captando la dinámica que tienen estas dificultades. Esto no quita que sean un verdadero dolor de cabeza, con momentos difíciles y sin encontrar soluciones adecuadas.

La ley del hielo

Tal vez, más grave que las huelgas es la «ley del hielo», que antiguamente se resumía en aquello de «se obedece, pero no se cumple».

La ley del hielo es silenciosa y solapada. En el lenguaje sindicalista es el boicot, pero en otros lenguajes no tiene traducción explícita. Muchas

veces el hielo se aplica sin ánimos preconcebidos y tiene resultados muy eficaces. Esta actitud es paralizante y muchas veces tiene características de falsedad y engaño.

Se dan diversas maneras de aplicar esta ley y es importante saber cuándo existe mal espíritu o simplemente torpeza humana. Cuando los oponentes son inteligentes y con buena educación el hielo es más peligroso y difícil de conocer o abordar en forma adecuada.

Un ejemplo de la vida real: Llegó un nuevo párroco a un pueblo pequeño y al poco tiempo descubrió que en la carnicería el precio que a él le cobraban era más alto que el normal. Tuvo el buen criterio de no decir nada por un largo tiempo. Sucedió un día que el hijo del dueño del negocio se enfermó de cuidado y el sacerdote lo recogió y lo llevó al hospital. Al día siguiente bajó el precio de la carne. Había terminado la ley del hielo para él.

c) No probar lealtades

Todo gobernante, civil, eclesiástico o militar desea conocer el apoyo de sus colaboradores más cercanos. El gobernante suele hacer sondeos de opinión y hoy día recurre a las encuestas, ya sean directas o indirectas.

Al tener que orientar quiere saber el grado

de lealtad de quienes trabajan con él y lo acompañan en su labor de gobernante.

Así, sucede que el gobernante, sea en la Institución que sea, trata de medir la lealtad de sus colaboradores; pero difícilmente sabrá el grado de verdad que se dan en estas pruebas de fidelidad.

Es algo similar a lo que sucede en la vida de los matrimonios, donde se piden declaraciones de amor. Pasa algo parecido en los noviazgos, en donde siempre se desea conocer el amor real o aparente.

La experiencia enseña que la lealtad y la fidelidad, son realidades demasiado importantes para tratar de medirlas por preguntas o mecanismos no totalmente transparentes.

En este terreno habrá sorpresas, agrados y desagradados. Se encuentran lealtades heroicas de quienes «guardan siempre las espaldas a sus jefes»; pero también se presentan casos de deslealtad y lo que es más frecuente, existen los Pilatos que se lavan las manos y no se comprometen. Recuerdo un conflicto serio en donde el intermediario que debía arreglar la situación llegó diciendo a la otra parte del problema la clásica frase que no compromete en nada «el mandado no es culpado» y nunca se supo lo que realmente pensaba.

Las personas son leales y fieles, pero simul-

táneamente son frágiles y vulnerables. Por esas razones es más prudente no hacer ensayos o mediciones sobre su lealtad.

5.- *El Don de sabiduría*

La Biblia enseña cómo el rey Salomón fue bendecido por Dios porque no pidió riquezas o poder. Salomón pidió «sabiduría para escuchar y gobernar a su pueblo». Por eso, se dice que no ha habido mayor sabiduría que la de este rey que nos muestra la Sagrada Escritura.

Sabiduría, será saber distinguir lo que es fundamental y lo que pertenece a un segundo plano.

Sabiduría, será distinguir entre las máscaras y los rostros, sin olvidar que el uso permanente de los disfraces hace que las máscaras se conviertan en rostros.

Sabiduría, será comprender cuando las palabras nacen del corazón o de circunstancias exteriores, que casi no tienen contenido.

No es lo mismo la eficacia que la sabiduría, y muchas personas eficientes, no tienen sentido común por vivir sumergidos en una actividad permanente, que no siempre tiene una orientación definida.

El hiperquinético suele no pensar suficien-

temente lo que se debe decir o hacer. Por eso, a veces es atolondrado y torpe. Así, con facilidad hiere a las personas, porque no sabe escuchar.

Los chinos dicen que «el hombre tiene dos orejas para escuchar y sólo una boca para hablar».

Habrà sabiduría al aceptar que todo poder necesita contrapeso, y nunca será conveniente humillar en forma hiriente a los que piensan de otra manera.

Será sabio entender que borrar el pasado para iniciar todo de nuevo, es una equivocación. Muchas veces el buen gobernante debe «ignorar» todo lo que sucede. Tal vez puede saberlo, pero será más sabio no expresar que lo sabe.

Jesucristo tenía «sabiduría». El vive en permanente discernimiento y se pregunta lo que el Padre quiere de Él. En sus reacciones, Jesús siempre hace lo mejor. Meditar en su persona, será un camino para crecer con sabiduría. La Virgen María es un gran modelo de sabiduría. Ella «guardaba en su corazón» lo que escuchaba, sabía vivir en silencio y en un servicio permanente.

«Jesús crecía en edad y sabiduría». Así lo dice el Evangelio y afirma que la semilla fructifica «mediante la paciencia».

La sabiduría es un regalo de Dios y El Espíritu Santo regala el «don de sabiduría». Es uno de los siete dones que se entregan en el sacramento de la Confirmación.

Para gobernar mejor habrá que pedir el don de la sabiduría, y así, se podrá crecer y avanzar.

Abundan la información y el conocimiento, pero estos elementos no bastan para guiar y orientar según el querer de Dios. Se requiere sabiduría y ponderación.

La verdadera sabiduría es una semilla que fructifica en el corazón humano. Requiere paciencia, oración, saber escuchar y respetar la dignidad de todos.

Finalmente, es necesario recordar que cuando el orgullo domina el corazón humano, sea gobernante o gobernado, se pierde la posibilidad de escuchar y la verdad se aleja. Por eso la Virgen María recuerda que «Dios rechaza a los soberbios y da su gracia a los humildes».

CAPITULO IV

REFLEXIONANDO SOBRE LO DESCONCERTANTE

En el transcurso de los años, la vida va mostrando problemas nuevos y desconcertantes. Se comprende que la lógica es de gran valor para ordenar la mente; pero también se descubre que muchas personas, tal vez una gran mayoría, no vive en base a la lógica, sino en base a otros mecanismos diferentes. Lo razonable no equivale siempre a una consecuencia. Suelen prevalecer los sentimientos, las intuiciones, y el subconsciente, tiene gran resonancia.

Al escribir hechos reales desconcertantes, se está intentando mostrar perspectivas que requieren mayor reflexión. Aparentemente son hechos insólitos y carentes de razón, pero cuando suceden situaciones extrañas, se ve necesario pensar dónde están las causas más profundas de lo que parece diferente de lo establecido.

No basta decir que se trata de excepciones o situaciones fuera de contexto. La mente humana tiene muchas contradicciones y es conveniente descubrir los mecanismos interiores que

generan estas situaciones inesperadas.

En toda realidad desconcertante, se encuentran elementos para reflexionar, y obtener mayor sabiduría.

A.- Realidades desconcertantes

1.- Tres hombres que no encontraron la identidad sacerdotal.

Se trata de tres sacerdotes con rostros y con una historia personal. Para quienes siguen con interés este tema les puede ayudar a entender más allá de las apariencias o aspectos exteriores.

Los tres fueron ordenados con más de 30 años de edad y después, al muy poco tiempo, no ejercieron su ministerio sacerdotal. Dejaron el sacerdocio y se casaron. Tal vez, nunca se conocieron entre ellos, pero sus historias tienen características semejantes. No pertenecen a la Diócesis de Talca y sus nombres y características quedarán en el silencio.

Al pasar los años, reflexionando en sus historias personales, he llegado a creer que lo que ellos buscaron era reafirmar alguna identidad. Otros dirán que querían alcanzar un status social, pero en ellos no había una aparente ambi-

ción por figurar.

Sólo Dios puede conocer las realidades más profundas de su historia, de sus sueños y esperanzas.

Personas de valor, con iniciativa y creatividad, pero que llegaron a la ordenación sacerdotal, posiblemente, sin profundizar lo que iba a suceder.

Las más profundas motivaciones, no siempre están conscientes y las raíces interiores requieren ser mejor estudiadas.

Uno de los tres, pudo haber sido influido por la madre católica que deseaba un hijo sacerdote. En los otros dos, no había una motivación familiar.

Uno parecía arribista, pero los otros no lo eran. En uno, había gran amor a Jesucristo; pero no logró entender que la Iglesia, de hoy y de siempre, es la prolongación de Jesús en el tiempo. No logró unir en la vida ambas realidades, que son inseparables.

Se usa la palabra «parecer» en esta descripción porque siempre será casi imposible, racionalizar con seguridad procesos interiores difíciles y conflictivos.

En uno, puede haber habido doble personalidad o desdoblamiento interior. Los otros, eran normales en el pleno sentido de la palabra.

Uno logró formar una buena familia, pero

los otros dos fracasaron en sus matrimonios.

A través del tiempo, conviene buscar más allá de los hechos, lo que sucede en el corazón humano. La identidad es un proceso largo y progresivo. Cuando este proceso necesario no se ha internalizado, se crean verdaderas tragedias.

2.- *La liberación femenina no siempre bien entendida.*

Llegó el médico a preguntar al Obispo con qué criterios debía actuar, pues una religiosa había solicitado la vasectomía, o sea la esterilización masculina, para algunos maridos, cuyas esposas no deseaban tener más familia.

Más allá de este hecho, estaba la lucha por la liberación, no bien orientada, acerca de la mujer. Así se conocieron textos que aceptan el aborto y un conjunto de normas rechazadas por la Iglesia. Es un esquema en donde toda persona tiene derecho a disponer de su cuerpo, en la forma que quiera.

Afirmando que «Dios no tiene sexo», se ha tratado de construir una concepción diferente sobre el rol de la mujer en la familia.

Esta corriente de opinión sobre la promoción femenina trata de dignificar la mujer y darle mayor relevancia. Es necesario reconocer que hay elementos de gran valor en esta lucha feminista.

Históricamente, la mujer ha sido presentada como complementaria del hombre. Ha sido la figura abnegada que vive para los hijos y para mantener la unidad de la casa, pero «la liberación femenina» presenta una visión diferente.

Muchos hombres sostienen que sólo sus hijas son santas y más que nadie «la santa» es la madre, especialmente si está fallecida. Suelen ser grandes machistas que desprecian al mundo femenino en general.

Así se explica, al menos parcialmente, esta batalla para revalorizar la dignidad femenina. Los defensores de esta liberación de la mujer afirman que la Iglesia no nació el día de Pentecostés sino cuando Jesús se aparece a las dos mujeres, después de la Resurrección.

Es hermosa la confesión de Pedro que reconoce a Jesús como el Hijo de Dios, pero en los textos feministas, se destaca mejor el testimonio de Marta, en el capítulo 11 de San Juan, antes de la Resurrección de Lázaro.

La lucha feminista es fuerte y se va a necesitar mucho tiempo y trabajo para llegar a un equilibrio adecuado en este conflicto difícil, aún no bien presentado.

Es un tema neurálgico en una sociedad y en la Iglesia, en donde el rol de la mujer no aparece muy destacado. Es problema de la Iglesia y del Mundo, porque la tendencia al ma-

chismo en todos sus niveles es fuerte y arrasante.

La competencia entre marido y mujer se ha transformado en una realidad importante, que requiere gran valor para resolverla en forma armoniosa. La mujer va adquiriendo cada día mayor autonomía y libertad, lo cual no siempre se logra asumir en forma positiva.

Se ha escrito que siempre el hombre tiene miedo a la mujer. Es una afirmación discutible; pero que de ser verdad, explicaría parcialmente el machismo que, hasta ahora, se impone en la sociedad.

Juan Pablo II, en 1994, presentó un excelente documento sobre la mujer. Es un valioso aporte sobre la dignidad femenina que requiere ser mucho más conocido y llevado a la práctica.

3.- *El padrino de Confirmación.*

Llega un joven que ha estado preparándose seriamente para la confirmación, tiene 21 años de edad y parece con personalidad propia.

Viene a pedir autorización para tener por padrino a una persona que pertenece a la iglesia evangélica.

Al tratar de explicarle que no es adecuado que quien lo apoye en su vida religiosa, no sea un católico, entrega su parecer de no cambiar

esta decisión. Trae una carta firmada por muchas personas del lugar, en la cual expresan su conformidad a este padrinazgo. Todo se basa en el respeto a las conciencias y en que todas las religiones tienen el mismo valor.

Este hecho, aparentemente sin relevancia, es muy indicativo de la confusión de muchos católicos.

El joven del caso, puede ser algo especial; pero que muchos habitantes de esa comunidad católica piensen de igual manera, lleva a cuestionar los métodos y la pedagogía en la educación de la fe.

Se producen concepciones equivocadas sobre el ecumenismo y la catolicidad. Son muchos los que dicen «todas las religiones son iguales», y así se ha producido una confusión bastante mayor de lo que aparece.

Este incidente presenta características preocupantes.

¿Por qué algunos dejan de ser católicos y se hacen evangélicos?. La respuesta de los sociólogos está en que estas personas buscan sentir un trato más personalizado, en alguna comunidad humana, con nombres y rostros concretos. En un país donde el factor salud es una de las grandes preocupaciones la mejoría de las enfermedades es un ofrecimiento que influye mucho en los traslados a esas religiones y también, muestra la

fragilidad de la fe católica de esas personas.

4) *La novia y la fe.*

Al acompañar a una pareja de novios en su preparación al matrimonio, aparentemente todo resultó bien, las charlas de preparación, los temas y el contexto que significaba preparar el sacramento.

Al llegar el tiempo de celebrar el matrimonio, se le preguntó a la novia, si habría Misa en la ceremonia. Ella dijo que sería sin misa, porque ella «no creía en estas cosas».

Contexto católico tradicional. El matrimonio fue muy hermoso y la fiesta fue extraordinariamente buena. Aparentemente todo está bien, pero quien bendijo esta nueva familia, se quedó con la duda de lo que estaba haciendo.

Gran fiesta y aparataje externo, pero nace la pregunta :

¿Por qué se casan por la Iglesia personas que no creen en lo que este sacramento significa?

A la inversa, es conmovedor constatar parejas de novios en donde la fe y la bendición de la Iglesia tiene un carácter sagrado fundamental.

¿Cómo revisar en forma profunda el significado de estas celebraciones para llegar a la

verdad?

La falta de contenidos de fe hace que el matrimonio religioso sea exterior y sin profundidad. Tal vez, por este camino se puede explicar, al menos parcialmente, el quiebre de matrimonios que nunca fueron.

5) «A dónde van a parar estas misas»

Siendo niño escuché una frase repetida en varias oportunidades. Cuando había algo extraño y difícil mi padre se preguntaba: «¿dónde irán a parar estas misas?».

Más adelante pregunté qué significaba esta frase fuera de todo contexto. Pacientemente me explicaron que hace algunos años se disfrazó como sacerdote, una persona que nunca había recibido la ordenación. Celebraba la Eucaristía y lo hacía con dignidad. Se abrió una investigación, y finalmente, el sujeto reconoció que su vida era un engaño.

Las personas investigadoras le preguntaron qué pensaba cuando levantaba la hostia en el momento aparente de la consagración. El hombre les dijo: «cada vez que levantaba la hostia me preguntaba, dónde irían a parar estas misas».

Desde allí quedó, en algunos niveles de San-

tiago, esta frase bastante pintoresca y extraña.

.....

Lo racional y lo razonable no siempre coinciden y las personas se pierden en un mundo de contradicciones, en donde no hay maldad, pero sí grandes conflictos interiores. Es indicativo un libro llamado «Kim», en el cual este personaje al bajar por un río va repitiendo su nombre, diciendo: «Yo soy Kim». El joven de la India quería ser el mismo y no otro. Al repetir su nombre, estaba reafirmando su identidad.

B.- Reflexionar sobre lo desconcertante.

Al presentar estas realidades desconcertantes, es muy fácil pensar que se trata de sucesos extraños, en donde los esquemas son quebrados por diferentes interpretaciones de los principios y de la lógica. Lo que sucede, no coincide siempre con lo establecido. Cada situación se puede analizar, y en muchos casos, habrá problemas psicológicos donde las historias personales ayudarán a entender lo que se ha producido.

Subsisten las preguntas de fondo:

¿Qué acontece en una identidad sacerdotal

no asumida?. ¿Cómo abordar el rol de la mujer en la Iglesia y en el Mundo?.

¿Qué significan los ritos o los signos cuando no son expresiones de fe?. ¿Qué pedagogía es adecuada para evitar las confusiones, que desorientan a muchos ?.

Posibles respuestas:

1.- La fidelidad a los compromisos adquiridos.

Lo sucedido a los tres sacerdotes que no encontraron su identidad, es muy semejante a lo que sucede en los compromisos matrimoniales.

Cada día crecen las estadísticas sobre los matrimonios no consolidados y que tienen poca duración. Con mucha frecuencia se escucha a matrimonios jóvenes que se equivocaron en sus decisiones.

Frente al altar se comprometieron «para toda la vida, con salud y enfermedad», a vivir en fidelidad con la mujer o el hombre que eligieron para formar una familia.

El concepto de fidelidad o de un compromiso para toda la vida, parece estar debilitado o tal vez, nunca existió.

Es bastante indicativo lo sucedido con un novio que al preguntarle si asumía «en la buena

o en la mala» a su futura esposa, respondió «sólo en la buena». Dijo lo que pensaba y después debió cambiar su respuestas, pero ya había expresado su verdad.

La palabra de un hombre o una mujer es una de las más hermosas realidades humanas.

Decir «yo me comprometo» o «yo prometo» tiene un valor extraordinario. Es una palabra que expresa una realidad presente y va creando el futuro, la palabra empeñada tiene gran valor.

Por esa razón dar una palabra y traicionarla es algo negativo, vergonzoso y culpabilizante.

«Que nuestro sí sea sí y que el no sea no» (Cf. Mt. 5. 34-37) «Seremos discípulos de Jesús si guardamos la Palabra de Dios». (Jn. 8,31-32) Conocemos la verdad y «la verdad nos hará libres».

Dios tiene una Palabra y esta Palabra es Jesús.

Con razón la Biblia dice «La conversación prueba al hombre. La palabra da a conocer los sentimientos del hombre. No alabes a nadie antes que haya hablado porque eso es la piedra de toque. (Eclesiástico 27.6,8)

Hoy día la palabra empeñada es más débil y le falta consistencia.

Se justifican las faltas a la palabra dada, expresando que hoy día la madurez está atrasada.

Es bastante común escuchar que la madurez en el tiempo actual llega después de los 25

años y que el grado de inmadurez parece ser progresivo.

Esta teoría de la inmadurez progresiva, va justificando muchas traiciones a la palabra dada y lleva a la inestabilidad, donde no hay nada definitivo o serio.

La Iglesia y el Mundo necesitan reaccionar y buscar caminos para dignificar mucho más el valor de la palabra empeñada.

El quiebre de los matrimonios y lo sucedido a los hombres que no encontraron su identidad, son signos preocupantes que requieren de mayor estudio y reflexión.

Una sociedad sin valores estables y sin una responsabilidad sobre los compromisos adquiridos, entra en un relativismo moral y psicológico, donde todo puede ocurrir y nada tiene mayor relevancia.

Alguien afirmó que el verdadero «problema no es ser o no ser» como dice Shakespeare, sino más bien «El problema es ser y no ser».

Esa expresión, muestra cruelmente lo que acontece en sectores importantes y numerosos de nuestra sociedad.

2.- Los diversos grados de pertenencia.

El joven que busca un padrino no católico

para su confirmación y la novia que no tenía fe en la Eucaristía, son expresiones de una realidad desconcertante que requiere reflexión y búsqueda.

Los grados de pertenencia a las instituciones religiosas, políticas y sociales, son diferentes y de una gran variabilidad.

Siempre existirán simpatizantes y personas más o menos comprometidas con algún partido político o con las instituciones que existen. Se escucha decir «estoy de acuerdo con el Gobierno», «no estoy de acuerdo con tal medida».

En las familias sucede algo parecido, siempre habrá cercanías y distancias, mayores o menores afinidades. En la Iglesia, también existen diversos grados de pertenencia.

Las páginas siguientes se aplican también, en la medida adecuada, a todas las instituciones humanas.

Nos encontramos con personas que tienen diversos grados de cercanía a Dios y a la Iglesia. Las respuestas son iguales para todos y son interpretadas en diversas formas por quienes escuchan o leen esas palabras y publicaciones.

Siempre habrá una doctrina católica que va acentuando aspectos relevantes en cada época. El culto a Dios, aunque es el Único Dios y Señor, suele presentar expresiones diversas y la comunión con el hermano, presenta aspectos diferen-

tes en cada momento de la historia humana.

Las personas buscan con diversa intensidad el rostro de Dios. Algunos lo buscan permanentemente y otros sólo cuando sufren o están en peligro.

Las razones para declararse católico o de otra religión, muestran un abanico de respuestas, lo cual hace más difícil establecer reglas del juego que permitan entender y llevar bien la orientación de la vida cristiana.

La tradición familiar parece tener gran influencia en la religiosidad de las personas. Esta es una razón común para declararse católico. Pertenecer a la Iglesia por razones personales, por una opción madura y reflexiva, suelen ser bastante menor.

Algunos pertenecen a determinadas religiones por razones culturales y es clásico el ejemplo del oriental que vivió en Europa por largos años. Después de algún tiempo el oriental dijo «creo que el cristianismo es la mejor religión; pero como debo regresar a mi país en donde la Iglesia Católica no tiene importancia, he resuelto quedarme en la religión de mis padres».

No había descubierto la persona de Jesús y su proceso de búsqueda religiosa era de orden abstracto, sin llegar a su vida más profunda.

Algunos tienden a buscar semejanzas entre las adhesiones religiosas y las adhesiones polí-

ticas, y les cuesta aceptar que las motivaciones son de tal diversidad, que no se deben hacer comparaciones.

Es conveniente tener presente que el niño se adapta a la religión de sus padres, de una manera más social que religiosa. Hereda las «costumbres» y los «valores», pero es conveniente recordar que el mejor elemento integrador, está en la comunidad y especialmente en el culto. Muchos padres rezan para dar educación y ejemplo a sus hijos, lo cual ayuda a crecer en religiosidad y en «interés» por lo religioso.

Más adelante, bastante después, el hijo descubre «la institución eclesial» y viene una redefinición de su afiliación o participación. Entonces, surgen problemas nuevos.

La adhesión a la Iglesia institucional presenta una realidad extremadamente compleja y, a través de los siglos, haciendo un recorrido histórico, se podrá llegar a la conclusión que esta adhesión escapa a los modelos clásicos, porque entra en juego la acción del Espíritu Santo, la fe y todo el mundo misterioso de la gracia de Dios.

Hoy día la enseñanza religiosa no tiene la importancia que se merece. Muchas veces, se entrega doctrina y conceptos, lo cual es necesario; pero si no hay una instrucción religiosa, muy poco queda para el futuro. La instrucción es mucho más que crear conceptos; se trata de

transmitir vida integrando lo religioso al acontecer diario, de una manera existencial y humana.

La ley general indica que habrá menor cercanía a la Iglesia y a las prácticas religiosas, en proporción a la menor instrucción recibida.

Habrán diversos niveles en los compromisos y prácticas religiosas. Siempre habrá cristianos de misas dominicales o sólo del Domingo de Ramos y Navidad. Es fácil distinguir entre los cristianos ocasionales y los cristianos permanentes.

La calidad y cantidad son conceptos diferentes que parecen confundirse.

Existe «La movilidad religiosa», bastante difícil de precisar. Hay «practicantes», «marginales» y «durmientes», que suelen despertar en su enfermedad final.

La referencia en la vida de la fe, debería ser la persona de Jesucristo. Allí está el secreto que explicará la afiliación a la Iglesia y la coherencia entre la vida y la fe.

No es atinado o prudente rechazar a quienes son marginados o durmientes en la Iglesia.

Ya en el siglo VI, el Papa Gregorio Magno, aconsejaba a los obispos ingleses no destruir los templos paganos. El decía «no destruyan los templos paganos que pueden transformarse en centros para Dios; pero sí destruyan los ídolos que están en su interior», y «quien se esfuerza

por buscar a Dios, debe ser elevado progresivamente hacia un conocimiento más profundo del Dios verdadero».

Tal vez, algunas de nuestras equivocaciones pastorales, han surgido al descuidar estas líneas elementales para una adecuada conducción de la vida cristiana.

Hemos vivido mucho tiempo en un sistema pastoral uniforme, sin querer asumir un conjunto de situaciones diferentes y contradictorias. Muchas veces hemos creído, quizás con alguna ingenuidad, que estamos tratando con cristianos sin aceptar que estamos conversando con personas con mentalidades paganas en las cuales lo cristiano está sólo en la superficie, y no ha penetrado en los corazones.

Valores como la fidelidad o la estabilidad permanente, sólo se sostienen, normalmente, cuando hay raíces profundas de fe. De otro modo, la primera crisis quebrará todos los principios y los juramentos entregados, porque la fe era sólo un barniz superficial.

Vivimos en la Iglesia una diversidad de realidades que nos paralizan, porque posiblemente nos falta el valor para abordar esta situación con realismo y perspectivas de futuro.

Los cristianos están bautizados, pero las diversidades de pertenencia eclesial es de proporciones asombrosas. Unos van a misa alguna vez

al año, otros, son de asistencia dominical; algunos pagan cuidadosamente el dinero del culto y otros sostienen que la Iglesia no necesita ninguna ayuda y colaboran sólo en obras de caridad. Existen católicos anticlericales, que tienen por tema predilecto realzar las limitaciones de los sacerdotes y obispos. Otros, son cercanos y buscan, a veces con exceso, al sacerdote que suele ser un calmante para sus angustias. Encontramos lo que podríamos llamar grupos fuertes y grupos débiles. Hay grupos o personas activas que se sienten identificadas con la Iglesia en forma vital; hay grupos o personas más pasivas, que son algo más que espectadores. No faltan los que viven por emociones y están inspirados por razones individuales o por símbolos religiosos. Los grupos pasivos, suelen ser tradicionales en el mal sentido de la palabra. No asimilan valores nuevos y no tienen mayor compromiso con la Iglesia.

La Iglesia, generalmente, aplica los mismos criterios para todos. Sucede que frente a realidades tan diferentes, se producen quiebres y situaciones que desconciertan.

Las personas son diferentes, jóvenes y adultos, hombres y mujeres. Se producen situaciones diversas y qué difícil es equiparar la rebeldía del joven en la adolescencia con la pasividad de la persona mayor, que lo único que bus-

ca, muchas veces, es no tener problemas.

Vivimos sumergidos en diversas mentalidades y en culturas con diferencias importantes. Entre quien sabe leer o es analfabeto real, aunque pueda leer las palabras; y el otro, que tiene cultura humanista, hay diferencias extraordinarias. La riqueza o la pobreza, tener trabajo estable o estar cesante en forma permanente, produce divisiones. Es un hecho real que no deseamos ahondar, la lucha de clases está subyacente en todas las relaciones humanas. Aún cuando no se nombre el tema. Las diversidades crean resentimientos, susceptibilidades y toda suerte de tensiones. La Iglesia trata de entregar los valores cristianos a todos por igual.

Los niveles fácilmente bajan para hacerse cercanos a los que están más lejos.

Se pierde profundidad por mantener una influencia masiva, que desea en alguna manera, llegar a todos. Es útil recordar a San Ireneo: «la Encarnación no puede ser enseñada rápidamente». Las personas crecen por grados en la presencia de Dios.

Nuestros escritos hablan de «prioridades»; de «formación de personas y de comunidades»; de «opción por los jóvenes, la familia, y los pobres»; pero sucede que nuestra pedagogía pastoral, tiende llegar al mayor número posible, y lo expresado por escrito, pierde fuerza cuando

no logra marcar profundamente a personas o comunidades.

Nuestra realidad es polifacética, pero nuestra respuesta pastoral es uniforme, trata de salvar la unidad para no aumentar tensiones. Con buena voluntad estamos cometiendo una equivocación que se traduce en una pastoral de mantención, fuente de frustración y de descontentos, para quienes desean una pastoral de profundidad, en sus contenidos y exigencias de vida.

Estamos frente a un dilema. La Iglesia desea ser un servicio universal y llegar a la conversión de todas las personas. Ha recibido el mandato de Cristo: «Id por todo el mundo...», pero esta expansión mal entendida va desdibujando el mensaje cristiano. Surgen las reacciones de quienes desean mantener la pureza inicial del Evangelio, frente al lastre de una masa pasiva que se contenta en un pasar tradicional, para satisfacer mediocrementemente sus necesidades religiosas, sin aspirar a una radicalidad de vida, en el espíritu de Jesucristo.

Por otra parte; si las multitudes católicas pasivas no encuentran respuestas a sus aspiraciones, nacen las supersticiones, aparecen elementos de magia o se produce el traslado a otras expresiones religiosas no católicas, en donde esperan encontrar lo que no han descubierto en la Iglesia.

Es conveniente recordar que la Verdad no puede estar ausente de la tierra y cuando Ella no es guardada y servida con la fuerza que se debe, emigra, suscita personas o movimientos que se hacen campeones de la parcela de Verdad que se descuida o que se abandona.

Se producen éxodos o sangrías de quienes dejan la Iglesia. Es una realidad preocupante que requiere mucha reflexión. La sangría de quienes se alejan de la Iglesia, sobre todo en su aspecto institucional, es una realidad dolorosa y que tiende a ser ignorada. Actualmente el tema va recuperando fuerza por el abandono de tantos que se van a otras iglesias.

Pero es muy necesario recordar que siempre hay regresos y conversiones de quienes vuelven a la fe o la descubren. Existen al menos dos tipos de conversión: la del reencuentro de quienes recuperan lo que habían perdido y la de búsqueda de esas personas inquietas que llegan a Dios.

Es muy importante mejorar los caminos para los que regresan. El camino de vuelta debe ser pavimentado con ternura y misericordia.

Necesitamos una acción pastoral de fronteras para abrir las puertas de la Iglesia con mayor generosidad y acogida.

Se requiere una buena acción pastoral que logre acoger a los que llegan y que sepa enten-

der las etapas y los procesos de estas maravillas de Dios. Son muchos los que no pueden regresar, porque no encuentran la puerta por donde llegar al Reino de Dios.

Jesucristo siempre será el modelo que muestra el camino para una acción con perspectivas de futuro.

En la pedagogía de Jesús, es fácil entender cómo Él viene por todos, pero dedica gran parte de su tiempo a la formación de pocos. Dedicó muchas energías a los 12 Apóstoles, a quienes llama «pescadores de hombres» y a quienes les pide «estar con Él».

El Evangelio habla de 72 discípulos y en el día de la Ascensión a los cielos, había 500 seguidores. Ese es el mayor número que aparece en la vida de Jesús. Es verdad que se preocupa de la multitud y les entrega el Sermón de la Montaña. Es cierto que las multitudes lo buscan por sus milagros, pero no por coincidencia, no utiliza los milagros para captar discípulos.

El Evangelio muestra una pedagogía basada en círculos concéntricos, en los diversos «grados de pertenencia» al Reino de Dios.

El siempre pensó en «un pequeño rebaño» y no parece que haya soñado en una mayoría de seguidores. Él habla de la necesidad de ser «sal de la tierra»; «levadura en la masa» y «luz del mundo». La Iglesia aunque no es *de todos*

porque muchos no pertenecerán a ella, está destinada a ser *para todos*, en un servicio de amor y de iluminación.

Por inclinación espontánea, se tiende a soñar en un gran «rebaño» de fieles, en una Iglesia triunfante, lo cual nunca sucederá.

Es imprudente entregar afirmaciones tajantes sobre el futuro pero la frase de Jesús: «cuando llegue el final de los tiempos ¿acaso habrá fe en Israel?», da mucho que pensar.

Es urgente reflexionar con mayor profundidad en una Iglesia misionera en el estilo de Jesús. Lo que Él hizo, no fue una casualidad o una pedagogía únicamente apta para los inicios del cristianismo.

Se necesita trabajar una pastoral en profundidad, que busque seguir el camino de Jesús. Es difícil armonizar pastoral de multitudes con pastoral en profundidad; el desafío es encontrar una respuesta verdadera a esta realidad que equilibre a esta mayoría de cristianos, no comprometidos a fondo con su Iglesia, con una pastoral consecuente con el Evangelio.

En este contexto, se explica mejor a la novia que no tenía fe o al joven que busca a un padrino no católico.

La novia y el joven, seguramente de buena fe, tienen una visión diferente a la mirada «eclesial» que tienen las leyes y las normas.

No se trata de justificar o expresar que sus actitudes son la mejores; pero es conveniente entender, comprender y saber esperar.

3.- *El varón y la mujer.*

«El hombre dejará a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos uno sólo». Mateo (19. 4,5), (Génesis 1. 27)

Dios creó al hombre y lo hizo varón y mujer. Están llamados a entenderse y a vivir en común; pero la vida va mostrando que esta relación más que complementaria, suele ser desigual y que más que un diálogo real cada cual trata de imponer sus puntos de vista.

Tanto el varón como la mujer, representan parte de la imagen de Dios, y toda visión diferente, trae muchas consecuencias en nuestra convivencia humana.

Ha habido algunas opiniones que aún tienen bastante vigencia. Para muchos a la mujer corresponde la cocina, los niños, la educación y lo religioso. Al hombre le corresponde el trabajo, la política, el deporte y la autoridad. La Iglesia no apoya estas opiniones y en el documento de los obispos en Puebla, se insiste «que la obra de la creación, corresponde tanto al hombre como a la mujer» (Puebla 841).

Es difícil llegar a una visión en la cual ambas se acepten y se complementen. La verdad estará siempre en el diálogo real, en el respeto y la dignidad. El hombre y la mujer significan visiones complementarias de gran riqueza y valor.

Hoy día, 1997, por una gran deformación mundial, la atención está centrada en el sexo. Más que mirar a la persona, se mira al sexo o las imágenes del sexo.

La televisión, la propaganda y la literatura muestran mucho más al sexo que a la persona que representa.

Es necesario recordar siempre que las personas no se casan sólo con el sexo opuesto, sino con alguien, muchas veces aún desconocido. Quien se casa deja a sus padres, a su adolescencia y entra en una situación nueva que debe ser asumida en conjunto.

El hombre y la mujer necesitan intercambios de ideas y perspectivas. Nadie es dueño total de la verdad.

La relación del varón y la mujer, no sólo se refiere a las personas casadas. Es la relación permanente de los hombres y mujeres que se van encontrando en la vida social, en las familias, en la política, en el trabajo.

Si se logra mirar al varón y a la mujer en sus reales dimensiones, se establecerán relaciones cordiales. Así, nacerán las grandes amistades ne-

cesarias para el varón y la mujer. Así también el sacerdote tendrá una relación sana con el mundo femenino y la mujer consagrada a Dios, encontrará una buena acogida en el mundo varonil.

El machismo actual tiene una larga tradición de muchos siglos y ya en la Biblia está escrito «tu marido te dominará» (Génesis 3.6).

El Antiguo Testamento fue escrito por hombres, y por esa razón, las leyes son mucho más severas para la mujer que para el hombre. El marido puede despedir a su esposa y la infidelidad de la mujer tiene pena de muerte, pero el esposo nunca aparece castigado por el adulterio.

Al llegar Jesucristo se presenta una visión diferente y Él, en sus actitudes con el mundo femenino, muestra gran respeto por la mujer y restablece la dignidad femenina.

Partiendo de los criterios del Evangelio, se ve mucho más posible llegar a la verdadera liberación femenina.

Hoy día, el acento está colocado en lo sexual, en el sentido genital, y bastante menos en la sexualidad, concepto mucho más amplio y de mayores proyecciones.

Los obispos latinoamericanos escriben en Puebla que los movimientos por la liberación de la mujer y su promoción humana son «auténticos signos de los tiempos» (847). En ese docu-

mento se van abriendo caminos para avanzar en otra manera de entender las relaciones masculinas con el mundo de la mujer.

La sociedad actual está erotizada en el mal sentido de la palabra. El sexo es un tema del cual se habla y no se educa. No se habla en familia y poco se habla en la educación. Una realidad muy seria y sagrada, la cual muchas veces se transforma en objeto de burlas y en chistes de doble sentido.

El sexo es importante y es el camino para prolongar la vida con los nuevos hijos de Dios.

Ayudará recordar y meditar que Jesús no contrajo matrimonio y que María presenta un camino de virginidad.

El Señor fue plenamente hombre y su madre María plenamente mujer.

Es bastante evidente que Jesús y María tenían una visión enriquecida sobre este tema. Habían logrado la libertad sobre el sexo.

Sólo en una mirada diferente, se podrá orientar el desborde sexual. El hombre y la mujer deben permanecer dueños del sexo y orientarlo en las normas de lo bueno y lo malo. No es una fatalidad irresistible y es urgente crear una mirada mucho más positiva de nobleza y de santidad.

Los principios son permanentes y deben defenderse. Las batallas sobre el divorcio y los pre-

servativos serán mejor llevadas en una visión global e iluminadora de las grandes realidades humanas.

Todas las guerras referente a la moral y las relaciones «masculinas y femeninas» tendrá una mejor dimensión, si se logra enfocar en buena forma quién es el varón y quién es la mujer.

.....

Lo desconcertante puede ayudar a reflexionar y a crecer.

Así, se podrá visualizar mejor el «a dónde van a parar estas misas». O sea, siempre lo desconcertante sucede por alguna razón. Por eso es muy necesario buscar los mecanismos que generan lo que nos sorprende y quiebra lo que está establecido.

A MODO DE FINAL

Al recibir las pruebas enviadas gentilmente por la imprenta ha sido conveniente ponerle fecha a estos escritos y he sugerido colocar el 8 de Junio porque ese día llegué a los 76 años de edad.

Espero seguir elaborando aspectos que puedan ayudar a reflexionar en nuestro país, en nuestra Iglesia. Tengo bastante adelantado los temas relacionados con la Iglesia en los gobiernos de Salvador Allende y del General Pinochet. Son temas que necesitan ser pensados con mucha serenidad para que los juicios emitidos sean reales y objetivos.

Deseo presentar lo que es fundamental y lo que es secundario. Es urgente ver como vivir virtudes y valores en esta sociedad de final del siglo.

Veo un país muy polarizado en aspectos importantes; pero no en los temas más esenciales.

Impresiona el avance de la «futbolización» que entregan algunos medios de comunicación.

Se va creando en forma creciente una opinión sobredimensionada del deporte.

Una historia real: Después de la predicación

del sacerdote en la misa se hace «la oración de los fieles y en una Iglesia se hizo en la forma acostumbrada. El sacerdote o los cristianos hacen una petición y toda la asamblea responde «escúchanos, Señor, te rogamos». Todo iba bien hasta que se escuchó la voz clara de un niño que decía con toda inocencia «escúchanos, Señor, Zamorano»

Tengo mucha simpatía por los grandes deportistas del país pero no creo que Iván Zamorano desee que le prendan velas.

La influencia de algunas realidades del momento pueden alejarnos fácilmente de los temas permanentes y vitales.

Desearía mostrar que la alegría es el secreto gigantesco del cristianismo.

Siento que nos falta mayor sentido del humor y como dar razones para vivir comunicando más esperanza y paz.

Le pido al Señor que todos podamos vivir cada día con mayor esperanza y que sepamos construir el Reino de Dios, la razón de ser de toda nuestra vida.

La Iglesia debe iluminar al Mundo descubriendo cada día como hacerlo mejor. Es la gran tarea de los cristianos de este final de siglo y de todos los siglos.

INDICE

PRESENTACION :	3
CAPITULO I	5
PARA VIVIR LA ANCIANIDAD	5
CAPITULO II.....	11
SACERDOTES DEL FUTURO	11
a) Misterio del ser sacerdotal.	11
b) Sacerdotes Santos y no tan Santos.	13
c) El futuro que se vislumbra	17
d) Sugerencias para un proyecto de vida sacerdotal. .	27
e) Para que este proyecto sea realidad	33
f) Para iniciar una transición necesaria.	35
CAPITULO III	38
LA VERDADERA AUTORIDAD	
ES UN SERVICIO DE AMOR.	38
1.- Tentaciones de un gobernante.	38
2.- La autoridad que enseña Jesús	41
3.- La complejidad de los gobernantes y en	
especial la de ser obispo	42
4. - Algunas tensiones de toda autoridad	49
a) La sinceridad y la ambigüedad	49
b) Situaciones complejas y la ley del hielo	52
La ley del hielo	55
c) No probar lealtades	56
5.- El don de sabiduría	5
CAPITULO IV	61
REFLEXIONANDO SOBRE LO	
DESCONCERTANTE	61
A.- Realidades desconcertantes	

1.- Tres hombres que no encontraron la identidad sacerdotal	62
2.- La liberación femenina no siempre bien entendida	64
3.- El padrino de Confirmación	66
4.- La novia y la fe	68
5.- «A dónde van a parar estas misas»	69
B.- Reflexionar sobre lo desconcertante.	70
1.- La fidelidad a los compromisos adquiridos	71
2.- Los diversos grados de pertenencia	73
3.- El varón y la mujer	85
A MODO DE FINAL	91